

López, a quien comuniqué el importante personaje que en ese momento se encontraba en el Hotel, en donde el periodista tuvo un primer contacto con el gran escritor, a través de Francisco Uriz como intérprete. Sólo unas breves palabras, indicando el motivo del viaje, pero añadiendo muy amablemente que no era hora de hacer una entrevista y que, además, Peter Weiss no deseaba hacer ninguna declaración a la prensa en España.

PRIMERA VISITA A LA CUEVA DE LA POTTITA

A la hora indicada me recogieron en el coche que conducía Uriz, alquilado en Valencia, y nos encaminamos hacia el Júcar. En el camino me pusieron en antecedentes de lo que buscaban y por qué motivos. Concretamente, ambientar el contexto histórico y geográfico de la estancia de Max Hodann en Albacete y en el sanatorio a orillas del Júcar. Mientras Peter Weiss se maravillaba de que yo tuviera referencias documentales del médico alemán de las Brigadas, Uriz me narraba, con muy buen humor, sus dificultades en Suecia a la hora de explicar a Weiss cómo era el olor del tomillo, del romero, del azahar; cómo eran las hojas del naranjo y del olivo; cómo hería la retina el sol de la Mancha; cómo era de acariciante la brisa del Mediterráneo... Era interesante que yo supiera todo esto, con la mayor precisión posible, para que pudiera ayudarlos mejor en sus investigaciones. También les conté algo de las mías sobre el tema de las Brigadas Internacionales, y que podría conseguirles alguna documentación que tenía para mi propio trabajo de investigación. Convinimos que al día siguiente podría darles copia de algunos documentos investigados por mí, y les enseñaría la prensa conservada de la época, sobre todo la gráfica, que convendría repasar para entender mejor la fisonomía de Albacete en los años de la guerra civil.

Un poco después de divisar el Palacio de Pozorrubio, nos detuvimos al borde de la carretera, para enseñarles una caseta de vigilancia de las Brigadas Internacionales, cuyas ruinas aún se mantenían en pie. Al lado existía entonces un gran claro en el bosque, plantado de cereal, precisamente en el sitio donde, bajo pinos centenarios y espesos, se apiñaron los barracones de las Brigadas Internacionales. La salvaje obra de especulación no había destrozado tan sólo la ecología; también se había cargado la historia. Pero dejemos que sea el propio Weiss quien nos narre todo esto, a través de las anotaciones de su Agenda roja. Leyéndola ahora se descubre su emoción de entonces, su obsesión, como demuestra el valor que daba a ciertas palabras: "Nos preparamos para explorar". Era una emoción semejante a la de Colón, porque esa exploración, para él, era el objetivo de un viaje de tres mil kilómetros, en el que había soñado muchas noches en Suecia.

"Nos preparamos para explorar. Carretera al norte de Albacete dirección Júcar-Camino forestal, garitas de hormigón medio caídas, antiguamente instalaciones militares, a la izquierda barracas de madera, allí se encontraban las escuelas para los oficiales

un poco de grava en la tierra del camino

a la izquierda un palacio con cuatro torres, allí no podía ser ya que estaba muy al